

an corda

SAN FELIU DE GUIXOLS - 9 ABRIL 1959
NÚM. 576 AÑO XII

EL NIÑO EN LA CALLE



En la escuela y el hogar se forja la educación del niño. Día tras día, hora tras hora se va modelando su personalidad, se van puliendo las facetas de su individualidad, que han de traducirse más tarde en la idiosincracia de su carácter.

Pero el niño, como todo ser humano, no vive únicamente en familia, ni siempre está apegado a la vera del maestro. Fuera de estos círculos tiene todo un mundo en perspectiva que le atrae, que le ofrece un sin fin de maravillas y horizontes prometedores de desconocidas aventuras. Y desea evadirse de las obligaciones que aquellas le imponen, aunque las acepte complacido. Un ansia de libertad le mueve hacia el exterior, donde le espera el goce de los juegos, la expansión con los amigos, y donde su cuerpo en desarrollo no halla límite a sus movimientos.

Allí se encuentra en su propio mundo, cerca de sus compañeros, y es allí donde se manifiesta tal como es, según el grado educativo en que se halle.

La calle viene a ser su campo de prácticas, la palestra en la cual entran en juego sus aptitudes y cualidades, congénitas o adquiridas. En la calle es, pues, donde tenemos que observar al niño si queremos formarnos un veraz retrato de su incipiente personalidad, con todo lo que tiene de positivo, prometedor, así como lo que bien o malamente lleva adquirido. También lo que perdura en él de incultivado.

A su vez, y por influencia de sus relaciones recibe también en ese mundo exterior en que se mueve los beneficios o perjuicios emanados de sus amistades.

Por eso, para dictaminar el estado educativo de una generación infantil hay que adentrarse en su genuino ambiente, en la calle, allí donde sus naturales impulsos no hallan límites coercitivos, salvo los dictados por su propio concepto de la responsabilidad sea por adquisición familiar o de la escuela.

La actuación del niño en la calle es el registro inequívoco de su grado educativo, y a éste tenemos que acudir si queremos apreciarlo con exactitud. La exclamación tantas veces oída «¡Que mal educado es ese niño!», al ver su comportamiento en la calle, expresa un juicio más certero de lo que comúnmente se cree. Se dice a menudo por mera costumbre, por inveterado tópico. Y encierra, sin embargo, una gran verdad.

Así en el caso contrario, cuando al ignorarse observado, un niño se comporta conforme los preceptos de una buena educación, es señal indiscutible que los esmeros de sus progenitores y maestros han sido aprovechados. La simiente ha fructificado.

¡Mas cuantos y cuantos granos de esa simiente no caen en estéril pedregal! No por inhabilidad de mano sembradora, sino por los malos vientos que la dispersan.

Por eso la labor tutelar de padres y maestros ha de ser doblemente intensa. Para deshacer la influencia del ambiente exterior que malogra su obra.

Conviene, pues, colaborar más eficazmente a la educación del niño desde fuera de los centros docentes propiamente dichos, mediante instituciones extraescolares. Aumentar las que ya existen, prestarles más ayuda. No dejar toda la carga a los maestros que, por sí solos no pueden atender, ni está a su alcance, la ingente obra educativa en su totalidad. Una gran parte de ella corresponde a todos los ciudadanos en general; cada uno desde la esfera de sus relaciones con el mundo infantil; a todos interesa y de sus resultados todos somos partícipes

Xavier

Sintonia

Acto segundo

Quizá resultaría cosa difícil buscar el orden cronológico de las transformaciones que se operan en estos días en el panorama ciudadano. Transformaciones de un escenario que vive anualmente sus dos actos: el invernal y el estival.

Hemos terminado el primero de ellos. El acto por el cual no se requieren grandes esfuerzos. Es de una sencillez admirable. Ser apacible, educado, estudioso o trabajador. Vivir la vida familiar y de la ciudad con toda la plenitud y el orgullo del buen guixolense. Quienes intervienen en esta primera parte o mitad, pueden saberse el papel, si lo desean. Porque es su esencia, su personificación. Todo sale por sí solo. Sin necesidad de apuntador. Es el diálogo propio, el diálogo de la patria chica.

Pasada la semana Santa nos preparamos para el segundo acto: el estival. ¡Ah, señores! ¡Qué cambio de escena, de decoración! Ya sale a relucir la guardarropía de los veranos anteriores. Algunos la estrenan. Algún actorcillo que durante la holganza del invierno nos obsequió con alguna de sus gamberradas, ahora se viste de media etiqueta para estar a tono con la conducta a seguir para los extranjeros. Pero el traje no hace al hombre.

No se queda atrás el tan careado folklore. Y nos lega, cada año, una melodía con pretensiones. Una vez fué, por ejemplo un negro zumbón. Luego, doce cascabeles. Después, la Chunga. Y así va este cortejo. Porque, luego, aquí Rafaé. allí, alguien que se dirá la Terremoto, más abajo o más arriba, otro furor parecido.

El segundo acto es tan abigarrado, hay tal movimiento de masas, de color, de luz, de diálogo. Hay tantos productores de escena — téngase en cuenta que productor, en cinematografía es quien pone el capital — hay tanto doblaje, que es imposible detallarlo en el reducido espacio de una Sintonia. Pero una cosa no falta: las sardanas. Esta danza para todos. Esta música de fondo tan apreciada en este segundo acto.